

LA FUGA DE SUELOS LABRANTIOS

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Números 73-74-75 Y 76, Volumen XX
Primero y segundo semestres de 1962*

La fuga de suelos labrantíos, por causa de la erosión, es cada día más aterradora. Se produce la erosión por razones múltiples. Pero las que están más cercanas a las percepciones del sentido común pueden ser la falta de árboles y de vegetación en general en las vertientes y en las cuencas de los grandes ríos y de sus afluentes; bien pueden ser las pequeñas y rumorosas quebraditas que surten de agua las huertas campesinas y los elementales acueductos de los caseríos.

Según los últimos cálculos de la Federación Nacional de Cafeteros, hay regiones en el Departamento de Caldas en que se lanza, falda abajo, diariamente, una cantidad de tierra vegetal correspondiente a la superficie de una finca de treinta fanegadas. Y no se ha emprendido con la voluntad y, aún más, con el fanatismo que redama el caso, la replantación forestal de las vertientes agudas de una de las mejor organizadas zonas del trabajo nacional, como es el Departamento de Caldas. Pero al no contenerse la fuga de sus tierras de labranza, de su potencialidad y su riqueza, no quedarán sino el recuerdo y el hambre.

Las aguas del Magdalena son más turbias cada día. Porque va en aumento el volumen del humus y de la tierra laborable que arrastran, a través de once de los departamentos, con destino a obstruir las Bocas de Ceniza, antes de descargarlas, como un tesoro que no se recupera al mar. Pero continúa la tala de los bosques, a lo largo de su recorrido, en vez de restituirle los que antes alimentaban su caudal y mantenían las aguas claras y potables.

Grandes extensiones de superficie plana, en que los suelos de primera calidad se medían casi por metros lineales de profundidad, principiaron a filtrarse y continúan su fuga a través de las capas areniscas y arcillosas interiores, por el absurdo empleo, sin sentido común y sin controles, de las aguas

de riego artificial. Y no aparece el ímpetu de los técnicos, ni de los interesados en servirse de los riegos para racionalizar la operación de usadas sin peligro de la capa vegetal. Los canales de conducción, en las irrigaciones grandes, contienen cada día menos agua y frecuentemente está contaminada de ciertas sales malignas que licuan en su recorrido. No obstante, la conservación de los riegos y la reforestación de las cuencas hidrográficas que los alimentan están por emprenderse. Doble falla humana que ocasiona la pérdida del suelo y la merma de la producción agrícola.

Sin necesidad de analizar tremendas estadísticas, bastaría el registro de los hechos anteriores para que la sensibilidad nacional se conmoviera ante la amenazada voluminosa reducción de sus suelos laborables, y precisamente en el ciclo vertiginoso del aumento de la población, en que la agricultura tiene que producir mayores cantidades de alimentos.

El Tiempo, Bogotá, 28 de agosto de 1961.

